COMUNICAR 11, 1998; pp. 63-69

Cómo disfrutar del cine en el aula

Luis Miravalles
Valladolid

El cine, en su flamante estela centenaria, es ya la huella vital de muchas personas que nacieron y crecieron con este mágico arte. Ver cine y disfrutar con el cine es la experiencia personal del autor de este texto que nos relata sus vivencias juveniles y las asocia a una sociedad que evoluciona acompañada fielmente de un cine que va también transformándose al compás de los nuevos aires. Esta aguda y vital reflexión no es más que una muestra de que la vida del cine entronca con lo más hondo de nuestra propia vida.

1. Consideraciones previas

El cine lleva consigo, ya desde sus orígenes, una tremenda contradicción permanente. Por un lado es un objeto más de consumo de masas y como tal está íntimamente ligado a la producción industrial y a los deseos y valores vigentes en la sociedad, y por otro lado es, a la vez, un producto cultural esencialmente dirigido -para bien o para mal- a la imaginación de los espectadores. Esta contradicción ha suscitado interminables polémicas sin aparente solución, debido a que el cine es capaz de ofrecernos, al mismo tiempo, las mayores aberraciones y también las más hermosas obras de arte.

Ahora estamos asistiendo a otra nueva contradicción. Observamos cómo el mundo actual se está masificando, en ciertos espectáculos, hasta límites incalculables. Pensemos por un momento en el número de espectadores que asisten a un partido de fútbol en una final de copa. Fácilmente podrían sumar varias ciudades de España juntas. Pensemos en el número de transeúntes que pululan por un gran rascacielos de Nueva York. Sin duda el ciudadano considerado aisladamente, inmerso en esta ingente población para él totalmente desconocida, se sentirá paradójicamente muy solo, porque le falta lo más esencial, que es la comunicación, el intercambio de su más rica intimidad.

Pues bien, en muchas ciudades se están abriendo, y cada vez más, numerosísimas salas de minicines. Sin embargo estos locales tan reducidos están teniendo verdadero éxito, porque en lo más profundo ofrecen lo que el individuo está precisamente necesitando: la comunicación más cercana y personal.

Nos sentimos tan próximos a los persona-

jes que aparecen en la pantalla, que nos parece estar como dialogando con ellos en nuestra propia casa.

El cine colma una vez más nuestros más profundos deseos. Si la sociedad actual nos conduce a la soledad más extrema exenta de comunicación personal, cuando vivimos tan de cerca con pasión las más exóticas y extrañas aventuras, recostados cómodamente en la oscuridad, estamos alejándonos, aunque sea por poco tiempo, de la incomunicación y de la soledad cotidianas, que tan a menudo producen no sólo grandes insatisfacciones sino también graves enfermedades como la esquizofrenia y la depresión, cada día en aumento.

La gran pregunta que ahora se nos presenta, cara al futuro, es si el cine, el medio de comunicación más poderoso, debe seguir siendo en su mayor parte *un puro objeto de consumo* ofreciendo las diversiones más anodinas o tratar de producir verdadero «arte», ayudando a reflexionar sobre un futuro más humano.

2. Cómo se disfrutaba del cine antes de la Guerra: primeras vivencias cinematográficas de un poeta

A un ser tan humano como lo fue el poeta Miguel Hernández, y por humano siempre interesado por todo lo universal, no podría faltarle de ningún modo la pasión por el cine. Y en efecto, era un verdadero aficionado, hasta el punto de asistir casi diariamente, a las películas de cine mudo, que por entonces se exhibían en Orihuela, su ciudad natal. (Este testimonio de su tierna afición, lo hemos reconstruido con su íntimo amigo Efrén Fenoll, residente aún en Valladolid).

Allá por los años 1928, 1929 y 1930, Miguel y Efrén, se acercaban al salón Novedades, dos o tres veces por semana, a la única sesión que tenía lugar diariamente de 17.30 a 19 horas provistos de un bocadillo de sobrasada, tortilla o sardinas en aceite.

La entrada costaba 20 céntimos, en «gallinero», cantidad que sisaban, el uno de la repartición de la leche de cabras, y el otro en la tahona que los Fenoll tenían en la calle Arriba. Mientras daba comienzo el pase de la película, en el salón del cine-teatro, esperaban impacientes el aviso del timbre que sonaba estridente sobre el techo de la cafetería-bar, establecimientos pertenecientes al mismo dueño.

En Orihuela, la Oleza de Gabriel Miró, ciudad levítica como tantas otras de España, la Vetusta de Clarín, o el Madrid de Galdós, además de dormir la siesta y las novenas, como recursos de distracción sólo cabían el paseo por la calle Mayor, el casino o el cine.

Para Miguel Hernández, dotado de una vitalidad y de una imaginación abiertas a todo lo nuevo, la elección resultaba obvia. Le gustaban toda clase de películas: las de los caricatos Harold Lloyd y Tomasín, las de las aventuras del Oeste americano con el caballista Tom Mix, las de dibujos animados del Gato Félix o todas las de Walt Disney, al que consideraba un auténtico poeta.

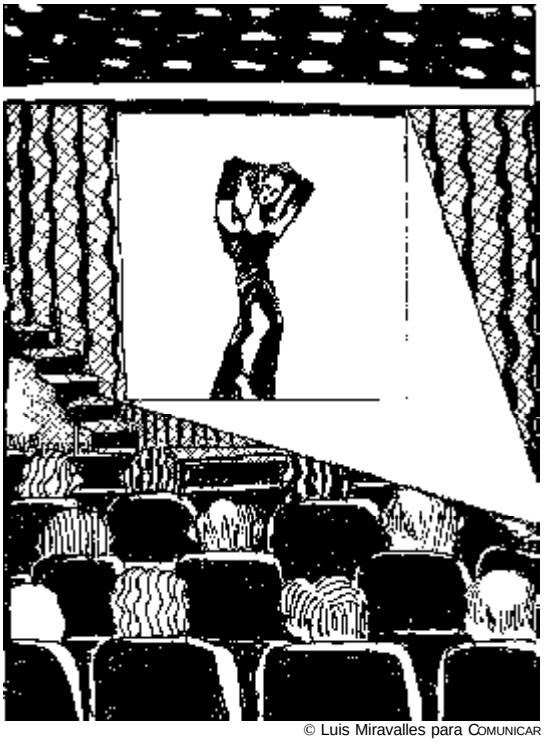
Años más tarde, en 1936, cuando se celebraba el IV Centenario de Garcilaso de la Vega, un atardecer oscuro de invierno, en una de las visitas esporádicas desde Madrid, yendo al cine, durante el camino, va leyéndole a Efrén la égloga a Garcilaso y luego instalados ya en la sala de proyecciones, Miguel le explica que el cerebro del poeta es como un prisma encendido, un cerebro poliédrico, capaz, *como el cine*, de transfigurar todo lo cotidiano en multitud de brillantes imágenes, en pura belleza: «... Su corazón un pez maravillado,/ y su cabeza rota/ una granada de oro apedreado/ con un dulce cerebro/ en cada gota».

Dentro de su enorme corazón, de su profundo sentir y de su honda inteligencia había intuido perfectamente lo que era el cine, no sólo un mero entretenimiento, sino un auténtico cerebro poliédrico, capaz no sólo de ver y presentar las más valiosas escenas desde todo los ángulos y perspectivas, sino también un prisma encendido, una linterna mágica capaz de proyectar ante nuestros ojos, todos los mundos reales o imaginarios y por ello capaz de enriquecer sin límites nuestra mente, y embellecer nuestra vida si tuviésemos el corazón de un poeta.

3. Cómo se disfrutaba del cine en la Postguerra: mis primeras vivencias cinematográficas

Cuando rememoro aquellos años tan duros de la Postguerra, llenos de ruinas y pobrezas, entre 1947 y 1950, no tengo más remedio que citar a mi abuela, la primera persona que me fomentó mucho más que una simple afición por el cine, y también al colegio donde cursé los últimos cinco años del Bachillerato, el Colegio «Auseva», de los Hermanos Maristas, en Oviedo, la capital asturiana, que la consolidó para siempre.

Aunque con mi abuela asistía al cine una vez por semana, apenas conservo algunos vagos recuerdos: los caramelos, los *pirulís* consabidos que un repartidor iba ofreciendo por entre las filas de butacas, los programas de mano que nos entregaban y que hoy tanto lamento no conservar, porque dada su alta cotización entre los coleccionistas, sería poseedor de una considerable fortuna, y por supuesto el excitante ombligo que ofrecía la amada de Napoleón (Charles Boyer), en una escena tan fugaz como inocente para los tiempos actuales.



© Luis Miravalles para COMUNICAR

Al ingresar en el Colegio «Auseva» me encontré con que casi todo consistía en formar filas y en los rezos. Pero pasando por alto estos aspectos de una dura disciplina propia de la época, lo más interesante era el cine que se proyectaba todos los domingos.

Por una módica, pero valiosa peseta, asistíamos, en una pequeña sala con butacas de madera, a la proyección de toda clase de películas de aventuras por entregas. Algunas duraban hasta siete semanas. Recuerdo sobre todo, con gran emoción, las de *Fumanchú, El Hombre Invisible y La moneda rota*.

Durante las sesiones, un fraile larguirucho y buenazo, era el encargado de cuidar del orden y la compostura. Tenía una cara tan fea y larga que le motivó el sobrenombre de «El caballo», y sus características más peculiares eran los anacronismos que cometía con frecuencia y las incorrecciones gramaticales. Todos repetíamos con carcajadas aquella frase suya que nunca olvidaremos: «... cuando rociaron con gasolina el chalet de Herodes». Ni tampoco olvidaremos jamás lo que ocurría cuando en algunas películas, muy de cuando en cuando, los héroes se disponían a besar a la estrella rescatada de las garras del malo. En el justo momento en el que se producía el acercamiento paulatino, el fraile alzaba de súbito la voz, gritando repetidamente al operador: ¡ósculo!, ¡ósculo!... y al instante el operador cubría el objetivo de la cámara, de modo que en la siguiente imagen los protagonistas se separaban bruscamente, después de un cuadro en negro, lo que producía un verdadero griterío entre los alumnos, por lo que el fraile enojadísimo gritaba de nuevo: ¡u... bien os calláis, u... bien os meto fuera!, convirtiendo nuestro griterío en una catarata gigantesca de carcajadas...

El cine, por consiguiente, se iba convir-

tiendo en una verdadera diversión apasionante, incluso llegó, porque tenía que llegar a nuestros quince años, la película que iba a despertar todos nuestros sueños más eróticos, es decir, Gilda, protagonizada por la esplendorosa Rita Hayworth. Como la actriz se despojaba de unos largos guantes negros, el público alimentó el rumor de un «strip-tease» inexistente.

La película, como era de suponer, fue calificada de muy peligrosa para la moralidad reinante y calificada como «no tolerada» para menores, que lo éramos casi todos por aquellas fechas.

Mi mejor amigo ideó una estratagema y me invitó a su estreno. Por aquel entonces, además de otras prendas tan ridículas como los «peleles», o sea calzoncillos con tirantes, usábamos bombachos, esos semipantalones que usan algunos distinguidos ingleses para jugar al golf. La solución consistió en estirar los dichosos bombachos y transformarlos en completos pantalones.

Y después de todos estos remilgos, a la esbelta y hermosa estrella vestida con un largo y ceñido vestido provisto de una ligerísima abertura, solamente se le veía una pequeñísima porción de pantorrilla, cuando se movía. Eso era todo... pero mucho para la censura que padecíamos.

Pero la pasión por el cine ya no se limitó a ver las películas en las salas públicas de proyección, ahora el deseo era tener en casa una auténtica máquina de proyección, donde las imágenes se movieran por sí mismas sin manivelas de hojalata con películas mal dibujadas.

¿Habría un proyector auténtico como el que inventaron los hermanos Lumière, para nuestro uso casero? Efectivamente existía, el que inventó Charles Pathé, el gran negociante, porque ya desde los inicios, el cine tuvo las dos vertientes como industria y como lenguaje artístico, aunque los creadores se mueren solos y los pobres en los asilos de Orly, mientras los negociantes viven casi siempre acompañados en sus ricas mansiones.

> Confieso que tal vez los educadores nos hayamos equivocado mucho, y durante muchos años, tratando de enseñar demasiados conocimientos en detrimento de la formación humana y de enseñar a pensar... de enseñar a hacer algo frente a las dificultades de la vida.

El joven privilegiado que poseía un *pathé*, a veces nos invitaba a una proyección particular sobre la sábana blanca colocada en la pared de su habitación, donde contemplábamos ensimismados y envidiosos y a la vez con mucho entusiasmo y regocijo, los movimientos excéntricos, electrizantes y simpáticos del humilde y siempre perseguido Charlot, que tanto nos enseñó y acompañó con su soledad, pobreza y risueña resignación.

Muy pocos años después nos atrevimos a soñar más alto, imaginándonos ser felices con la proyección del genio de la lámpara de Aladino, o cabalgando a lomos del caballo volador del ladrón de Bagdad, y cómo no, también odiando a la madrastra de Blancanieves que se preguntaba, una y otra vez, al espejo, si habría otra mujer más guapa que ella, cosa por otra parte bastante fácil de afirmar. Pero entre todos los recuerdos, destacaría uno muy especial: al cine se iba siempre acompañado, en pandilla o con un amigo o con la novia y sigue siendo así, porque el cine tiene una mezcla misteriosa de intimidad y colosalismo que nos llena de fascinación, hermanándonos en espíritu.

4. Cómo disfrutar hoy del cine

4.1. Una aproximación a la Filosofía del Humor

Ante la vida, tantas veces azarosa y casi siempre compleja –queramos o no queramos–

estamos constantemente realizando, de un modo instantáneo y de acuerdo con nuestro talante personal, actos de preferencia y de posposición. Por ello, el humor no puede ser solamente un estado de ánimo circunstancial, que surge y desaparece. «Estar de humor» sí es un estado de ánimo, pero no configura una actitud esencial y permanente. Cualquier persona, en un momento dado, ocasionalmente, puede tener una ocurrencia humorística feliz. Pero el verdadero humor actúa de forma consciente y ejerce la preferencia o el desdén de una forma constante ante todos y cada uno de los acontecimientos de la vida, y precisamente por esto es el mejor antídoto contra el pesimismo y la desesperación. En definitiva el humor es la mejor defensa contra nosotros mismos.

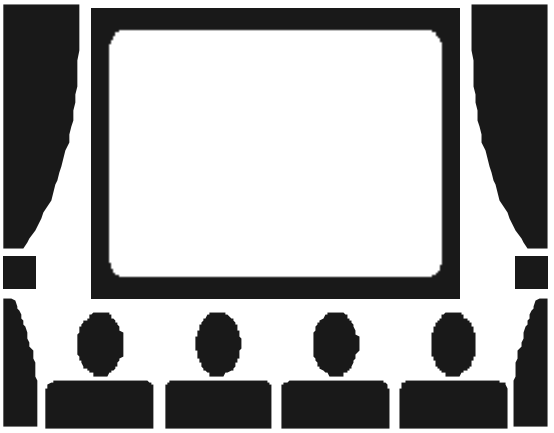
El talento humorístico es como una especial intuición, ese arranque súbito, capaz de percibir y descubrir que bajo la aparente gravedad, o seriedad y valor de las cosas que nos ocurren, siempre reside algún pequeño matiz de nulidad, desvalor y comicidad. Solamente cuando algo es realmente profundo y de auténtico valor, no admite ningún cambio despreciativo.

El mundo ha cambiado tanto y tan deprisa que se ha hecho demasiado complejo como para tomárselo a broma. Si hace cuarenta o cincuenta años se disfrutaba del cine de una manera inocente, con una mirada limpia e ingenua, era porque aún en medio de las dificultades se podía vivir con ilusiones y esperanzas hacia el futuro. Pero el mundo actual ya no se parece en absoluto al de entonces.

Una película muy reciente, *La vida en obras*, proyectada en la Semana Internacional de cine de Valladolid, y que obtuvo el premio Pilar Miró al mejor director de cine (Wolfgang Becker), nos resume perfectamente y nos ayuda a comprender cómo se encuentra el mundo y la juventud actual, lo cual nos puede servir mucho en el cómo llevar a cabo la pedagogía de la diversión en el aula.

La película nos presenta, de forma muy realista, prácticamente todos los problemas que configuran la sociedad del presente: el trabajo temporal, el paro, las enfrentadas o totalmente disueltas relaciones familiares, las esporádicas y poco permanentes relaciones amorosas, donde prima mucho más el disfrute del sexo sin ningún control, los vínculos de amistad que sustituyen a la familia, y la proliferación de las salas de música estridente, pero sobre todo la sensación casi permanente de inestabilidad total, que flota en el ambiente y que produce un estado general de incertidumbre e inseguridad hacia el futuro con las consabidas depresiones, esquizofrenias, y toda suerte de frustraciones.

En medio de este estado de cosas, ya podemos hacernos toda una serie de preguntas: ¿Cómo y por qué disfruta y de qué se ríe la juventud actual? En realidad muchos jóvenes actuales no se ríen. En muchas ocasiones emiten onomatopeyas estrepitosas de cómic, a las que acompañan con gestos groseros o estentóreos y hasta procaces. Este tipo de risa delata una determinada actitud ante la vida, lo que vendría a ser como una especie de humor generacional: *la burla* contra todo lo que les rodea y no comprenden ni aceptan, y por tanto no respetan. Esta burla representa la instauración de un *humor nihilista*, ante la imposibilidad de encontrar una salida esperanzadora, ni hallar un sentido a la vida que padecen.


© Masterclips

Confieso que tal vez los educadores nos hayamos equivocado mucho, y durante muchos años, tratando de enseñar demasiados conocimientos en detrimento de la formación humana y de enseñar a pensar... de enseñar a hacer algo frente a las dificultades de la vida. Tal vez nos hayamos fijado mucho más en lo pasajero, en los datos, que hoy tan fácilmente nuestros alumnos y alumnas pueden encontrar velozmente en sus ordenadores, pero no en lo que Cervantes nos trató de inculcar con su ejemplo de humor exento de toda amargura y que respondía a toda una actitud permanente ante la vida y que acaso, se decidió a tomar durante su estancia en Andalucía, esta tierra que, lo digo sin ningún halago gratuito, está llena de luz y de alegría, y donde se dice que tal vez comenzó a escribir su obra inmortal.

Cervantes nos dice sumamente convencido: «Aprendí a tener paciencia en las adversidades y con ello a responder a las asperezas de los encuentros con serenidad y cordura. En los casos irremediables es suma cordura, forzándose y venciéndose a sí mismo, mostrar un generoso pecho».

Ante lo irremediable, sólo cabe pues, responder con la única forma superior de soportar la vida, es decir con humor, lo que por otra parte ya hace milenios que nos lo recordaban los proverbios bíblicos: «Un panal de miel son los dichos placenteros, dulzura para el alma y refrigerio para los huesos» (Prov. 16, 24).

4.2. Por fin, ya era hora, cómo disfrutar del cine en el aula

Es frecuente que la mayoría de las películas que se proyectan en los centros de enseñanza sean de carácter didáctico, para ilustrar y complementar un determinado tema histórico o de Ciencias Naturales o de algo parecido, pero de ninguna manera son las películas que los alumnos suelen elegir para ver por propia voluntad en las salas de pago, o sea las que prefieren para disfrutar.

Aprovechando el interés creciente por el cine, durante los últimos cursos escolares hemos llevado a cabo una serie de actividades en el aula siempre partiendo de la realidad y no de los textos prefabricados.

Una breve encuesta sobre las cinco películas que más les habían divertido, nos fue de gran utilidad, previa una enseñanza del lenguaje del cómic y del periodismo, para que realizaran posteriormente un guión técnico sobre las mismas y las adaptaran al lenguaje del cómic o del periodismo. Las películas seleccionadas fueron las siguientes: *El cuervo*, *El fugitivo*, *Peter Pan*, *ET* y *El día de la bestia*. Sin duda alguna, la película, entre las seleccionadas que se llevó todas las preferencias de la juventud, fue *El día de la bestia* de Alex de la Iglesia, elegida precisamente porque era con la que más habían disfrutado.

Elegida como una de las diez mejores películas españolas de los últimos años, compendia prácticamente lo que más hace disfrutar del cine a los jóvenes de hoy en día.

Las situaciones equívocas, los enredos, cualquier hecho o gesto escatológico, totalmente opuesto a la seriedad del tema o a las circunstancias del momento, rompiendo todos los convencionalismos y todos los esquemas habituales de cortesía o de protocolo; pero sobre todo –y usando las palabras textuales de los jóvenes– las guarrerías, los diálogos chispeantes salpicados de eructos y en general todo tipo de ruido estruendoso y acción trepidante que se salga de lo normal, son los ingredientes

fundamentales que las películas deben reunir para ser consideradas como muy divertidas por la juventud actual. Configuran el estilo «Gore», término que proviene del arte y se aplica a una mezcla del humor negro con lo sórdido y lo asqueroso.

Este tipo de humor, que en el fondo es una forma tosca y superficial de defensa contra el sistema de la sociedad de consumo que nos rodea, no es una fina ironía, es el humor generacional de nuestro fin de siglo que no hace otra cosa más que poner de relieve una serie de profundas carencias como la superficialidad en el enfoque de la vida, el tomárselo casi todo a burla o de «cachondeo», como dicen en su lenguaje, y en definitiva una falta de elegancia de espíritu, que se manifiesta, por supuesto, hasta en los más groseros modales cotidianos.

¡Qué lejos estamos ya del humor de Charlot de los *Tiempos Modernos*, donde se advertía con claridad meridiana las consecuencias del maquinismo y del afán egoísta tan despiadado del ser humano! Disfrutar del cine en el aula no consiste solamente en burlarse de todo, sino en enseñar de nuevo a reírse con humor mucho más limpio y profundo, es decir enseñar a ver el mundo con ilusión renovando los sueños cada día.

«Sólo la enfermedad (a veces) y la muerte (siempre) justifican la tristeza. Para los demás hay siempre un medio de reír» (Jean Duché).

• ***Luis Miravalles*** *es escritor y catedrático de Instituto en Valladolid.*